



ENRIQUE FLORESCANO en su biblioteca, 1980.

ENRIQUE FLORESCANO ENTRE LIBROS

LORENZO MEYER*

EN EL HOMENAJE a un colega no es inapropiado ni de mal gusto iniciar la exposición haciendo algunas referencias personales. Conoció a Enrique Florescano hace más de 40 años; por un breve momento —un año, para ser precisos— resultamos compañeros en la licenciatura de relaciones internacionales en El Colegio de México, es decir, en uno de los campos de la ciencia política. ¿Dije compañeros?, en efecto, pero también y, sobre todo, amigos; además, como resultado de las diferencias de edad —hoy mínimas, entonces aún significativas— y de las experiencias, fue también una peculiar relación de maestro y alumno. En efecto, Enrique organizó seminarios de fin de semana y me dio entonces una serie de lecciones de política vía Marx, que me resultaron tan o más importantes que algunos de los cursos formales que entonces tuve. Considero, pues, que para mí es perfectamente apropiado hacer un breve examen de la obra Florescana desde la perspectiva del poder y de la política.

Como bien lo señalará nuestro autor en un ensayo publicado en 1980 en la obra colectiva *Historia, ¿para qué?*,¹ no hay historia políticamente inocente. No puede haberla, puesto que “en todo tiempo y lugar la recuperación del pasado, antes de científica, ha sido primordialmente política: una incorporación intencionada y selectiva del pasado lejano e inmediato, adecuada a los intereses del presente para juntos modelarlo y obrar sobre el porvenir”.² Partiendo de esa interpretación de la historia, Enrique Florescano puede concluir: “Polítizar la investigación a través de la

* Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

1 “De la memoria del poder a la historia como explicación”, en Carlos Pereyra *et al.*, *Historia, ¿para qué?*, México, Siglo XXI, 1980, pp. 93-127.

2 *Ibid.*, p. 93.